© PABLO LORENZANA

El cumpleaños de un ilustrado

■ JUAN CRUZ ☞ Juan Cueto es el primer personaje del Siglo de las Luces que consiguió vislumbrar el Siglo de las Sombras (éste, sin ir más lejos) e iluminó nuestra mirada en el peor y el mejor siglo de los posibles, el siglo XX. ¶ No es un *zapping* de siglos, que diría Benedetti: es verdad. Así es Cueto, así explica la historia y así vive en ella, armado de viejos diccionarios que combinó con las nuevas tecnologías, equipado, como el mejor de los futbolistas, con la técnica de Kubala y la capacidad tecnológica de Messi para jugar sin ser visto. ¶ Un ser admirable. Como periodista, se adelantó a casi todo e inventó la crítica de televisión, algo que en su momento resultaba un riesgo, pues era como saltar al vacío y desde el vacío. No había nada: él inventó el contenido de la televisión, y luego la televisión debió hacerle caso. Y nació Canal Plus.

Pero antes fue la escritura. En uno de sus mejores artículos, Cueto cuenta que nació con la infamia, la televisión; y en otro relata, parodiando también a Rafael Alberti, que nació con el cine, pues en el patio de su casa se veían películas. Nació con los medios del siglo XX, por así decirlo, pero cuando ya era un escritor muy famoso en España, y a este país llegaba inclemente el poder de las (página 2 ☞)

El cosmopolita que reinventó Asturias

MIGUEL BARRERO ☞ Asturias era una cosa muy seria, principalmente porque en aquellos años se habían empecinado en decirnos que éramos el ombligo del mundo, es decir, el origen de todo, utilizando un discurso que, más que un análisis serio y riguroso de las circunstancias en que se habían desenvuelto nuestros sucesivos pretéritos, constituía una coartada propiciatoria en toda regla y tenía firmemente asentadas sus raíces en el kilómetro cero del nacional-catolicismo. En Asturias estaba Covadonga. Y Covadonga fue, ya se sabe, la ancestral cuna de España —y, por extensión, el lugar donde se salvaron definitivamente nuestras esencias—, en el momento en que Pelayo blandió su espada y, apoyado por la celestial intercesión de la Virgen, dio lo suyo a unos cuantos sarracenos que pretendían poner en solfa a la cristiandad y contaminar toda la Península con sus delirios mahometanos. Expuesto en crudo, el relato da risa; pero esto, más o menos, es lo que había. Y lo peor es que —con más o menos apasionamiento, con más o menos fortuna— el mensaje caló de tal manera que sus ecos aún resuenan en nuestros días en forma de chascarrillos y frases hechas que seguro que no es necesario recordar al lector. Durante cuarenta años el relato que explicaba Asturias fue un relato homogéneo, pétreo, indiscutible en la teoría e indemostrable en la práctica, que al Caudillo tan pronto le servía para pasearse bajo palio con la Cruz de la Victoria entre las manos como para dulcificar la imagen de una tierra agresiva y pendenciera (sobre todo por esos facinerosos proletarios que tantos disgustos le daban de cuando en vez) en la que, sin embargo, él había sabido encontrar el amor de su vida. Poco importaba que todo se sostuviera sobre una hipérbole tan excesiva como frágil. Asturias era, en esencia, la cuna de la hispanidad. Y teníamos que sentirnos orgullosos.

Sin embargo, llegó Juan Cueto y lo desarboló todo. Es cierto que la *Guía secreta de Asturias* (Al-Borak) apareció cuando el Generalísimo estaba dando las últimas y el régimen que hasta entonces había presidido andaba más preocupado de encontrar la forma de salvar sus propios muebles que de neutralizar a los elementos subversivos que pudieran aparecer por sus flancos débiles, pero también lo es que ese librito —que ha envejecido mal en sus aspectos más epidérmicos (no olvidemos que es una guía y que, como tal, en su momento cumplió una función utilitaria de la que hoy carece), pero que mantiene su fuerza como embrión de una teoría de Asturias que su autor nunca llegó a formular del todo, pero de la que sí dejó abundantes pistas— cambió el modo en el que muchos asturianos (más concretamente, los que lo leyeron) comenzaron a mirar hacia sus dominios, y que, aunque las exageraciones franquistas estuvieran en boca de unos cuantos y los setenta fuesen de por sí una década proclive a la desmitificación de los cimientos del orgullo patrio, hacía falta que alguien tuviera la lucidez (o la osadía, o ambas cosas) de echarle un pulso a la historiografía oficial tirando del humor e incurriendo, en más de una ocasión, en la más desenfadada irreverencia con el bendito propósito de quitarnos, de una vez y para siempre, toda esa caspa que nos intoxicaba.

En los tiempos del covadonguismo irredento, de la constante vindicación de los postulados nacionalcatólicos, llega Juan Cueto y escribe:

> En el principio fue el mito. Después, como ya es tradicional, se urdió a su alrededor la compleja trama de la realidad. La última fase del ciclo suele ser la fatal aparición del tópico, esa calamidad de instrumento producto de la flojera mental, visual y sexual, y que sirve para dar cuenta, y buena cuenta, nada menos que de lo real y de lo mítico.

Y esas tres frases vienen a marcar el principio del fin. Del fin de esa Asturias que se había contado hasta el momento y que, plagada como estaba de heroicidades y trampas retóricas, ocultaba bajo sus oropeles la realidad de una Asturias mucho más sencilla, pero también mucho más divertida, y cuyos parámetros se ajustaban a nuestra escala identitaria bastante más de lo que querían hacerlo los farragosos (página 3 ☛)

© ARMANDO ÁLVAREZ

(☚ página 1) nuevas invenciones, y fue capaz de combinar el pasado con el futuro para vivir con más luminosidad el presente. Y por eso tenía en su antigua casa de Villa Kety los Corominas con las variables más actuales de las antenas parabólicas. Ese conocimiento de la cultura clásica, mezclado con las filosofías más atrevidas, entreveradas de Borges y de Miguel de Molinos, convirtió su sintaxis en una de las más brillantes de los últimos cuarenta años.

Como en el buen fútbol, y sobre todo como Messi, pues Cueto es Messi por otras vías, Juan es un hombre de parábolas; las ha trazado para componer un nuevo diseño de lo que vemos; Canal Plus bajo su égida no sólo nació y se desarrolló, sino que fue a la vez una crítica del gusto y un respeto por el gusto; ese Canal Plus que él inauguró se llenó de las adivinaciones poéticas a las que siempre quiso someter el género con cuya infamia había nacido. El resultado de su pesquisa es tal que ni siquiera el tiempo ha sido capaz de romper el equilibrio (palabra, imagen, diseño, respeto por los contornos y preocupación por el fondo) que le dio a su recreación de la televisión como una de las bellas artes.

Cueto siempre fue consciente del poder que la televisión ejerce sobre el ojo, cómo lo educa o lo atrofia, pero jamás se burló ni de su presencia ni de su futuro. Eso le hizo el mejor crítico de televisión de nuestro tiempo

Un día me dijo Alfredo Relaño, hablando de fútbol, que está indisolublemente unido a Canal Plus, que de este deporte sólo se puede hablar queriéndolo; los que se burlan del fútbol, me explicó el viejo amigo de Cueto, están condenados a arrepentirse. Lo mismo pasa con la televisión. Los que la desprecian están condenados a arrepentirse o a sucumbir a su influjo. Cueto siempre fue consciente del poder que la televisión ejerce sobre el ojo, cómo lo educa o lo atrofia, pero jamás se burló ni de su presencia ni de su futuro. Eso le hizo el mejor crítico de televisión de nuestro tiempo y eso le llevó a la invención española de la más novedosa de sus aportaciones: el espectáculo encriptado.

Pero ése es el epifenómeno de la inteligencia de Cueto. En realidad, Cueto es un monje tibetano, un místico español, un bucanero inglés, un irlandés sarcástico, un italiano librepensador, un papa laico capaz de juntarse con el diablo para defender el derecho a descreer. Y esas distintas funciones que tiene, al fin, su nombre propio, Juan Cueto Alas, las ha ejercido escribiendo, hablando, paseando por veredas asturianas y por suburbios de Manhattan o Madrid, en busca siempre de una mirada nueva que él ha trasladado al papel o a la risa con la velocidad que caracteriza su estilo y con la profundidad de la que viene todo lo que sabe.

Es un genio ilustrado, un lector de pertinaz memoria, un ser humano que asocia ideas a millones de bites por segundo, un megausuario de la cultura sin que ésta le venda nunca gato por liebre. Porque viene de la enciclopedia y, por tanto, todo lo que ha llegado a saber ha sedimentado en el ánimo de su alma a partir de las dudas que ha alimentado.

Ese genio iluminado e ilustrado cumple siete décadas. Es un buen número; para muchos de nosotros, para mí mismo, llamarle el séptimo día de la semana para preguntarle qué debía pensar de la vida era uno de los regalos que me hizo el Señor, si es que el Señor asistía a nuestras conferencias telefónicas o actuaba de telefonista. Nunca aprendí tanto de las nuevas tecnologías como cuando hablaba con Cueto por teléfono, pues convertía aquellas charlas en un trasunto moderno de lo que Platón lograba de Sócrates: saber más para contarlo. Yo le escuchaba y luego me iba a la sección de Cultura de *El País* y hacía todo lo que él me había dicho que hiciera. Seguramente lo hice mal, pero todo lo que hice bien, en aquel entonces, era porque seguí lo que me dictaba su inteligencia distraída (es decir, su mirada siempre deambulando por los alrededores, que es donde está lo interesante)... Y lo que hice mal seguramente fue porque mi inteligencia no me dejó entenderle.

La gratitud que siento por Cueto es enorme. Es como un hermano grande cuya voz y cuya mirada jamás se desprenden de mi memoria. Por tanto, recordarle el 12 de marzo es sólo una obligación que ejerzo con la devoción a la que está obligado un hermano muy menor. ■

La producción histórica es la producción de sentido. La mercancía resultante, la Historia mayusculizada, se transforma y erige en la mayor de las unidades del lenguaje (metáfora por la que quiero señalar esa otra figura del pensamiento llamada, precisamente, «pensamiento»): el espacio que confiere legalidad o ilegalidad al resto de historias. ➔ *Los heterodoxos asturianos* [1977]

La mayor parte de las guías o rutas turísticas adoptan en sus discursos «el punto de vista de Dios» con el astuto ánimo de conferir a sus proyectos una solemne e indiscutible objetividad y de camuflar esa estúpida tautología de base: las cosas son así porque así son. Servidor, con el debido respeto y las pólizas de costumbre, intentará adoptar «el punto de vista del Diablo». Del cojuelo, se entiende. Juntos, atacaremos las sagradas tautologías y fisgaremos irrespetuosamente a través de los tópicos y de los tejados. Lo que se pueda y lo que nos dejen. ➔ *Guía secreta de Asturias* [1975]

(☛ página 2, M. Barrero) párrafos de Menéndez Pelayo o los eruditísimos y algo trasnochados estudios del bueno de Constantino Cabal. Cueto, que escribía en ***Asturias Diario Regional*** y había vivido en Oviedo, Argel y Madrid, partía del tópico para descomponerlo en una suerte de revisionismo inverso que no pretendía encontrar una justificación global para la historia, sino que, más bien al contrario, buscaba desnudar ésta y hallar sus contradicciones y miserias para averiguar quiénes habíamos sido realmente y, de paso, reírnos a costa de lo que habían dicho que habíamos sido. La *Guía secreta de Asturias* era, como ya se ha dicho y como denota su mismo título, una obra que pretendía ofrecer indicaciones bien a los que decidiesen aventurarse a conocer estas tierras o bien a quienes pretendieran profundizar en ellas desde dentro, pero parte de esa base para establecer una serie de reflexiones generales a propósito de la identidad de la región (partiendo de las derivaciones ideológicas del asunto de Covadonga e incidiendo en cómo éstas fueron impregnando, poco a poco, las tesis del pensamiento dominante al configurar el DNI espiritual del territorio) y aprovecha los capítulos dedicados a un recorrido exhaustivo por los tres grandes núcleos urbanos —Oviedo, Gijón, Avilés— para apuntar una teoría política, social y económica de la Asturias de entonces, es decir, la de 1975, que evidentemente —y por fortuna, al menos en lo que atañe a ciertos asuntos— tiene poco que ver con la de ahora, pero dibuja una radiografía bastante certera de nuestro statu quo y aventura algunas de las claves que llevaron a convertir a aquellos que fuimos en estos que somos. Juan Cueto recorría y describía Asturias no como un mero etnógrafo ni como el erudito pagado de sí mismo que se limitaba a constatar en cada nuevo paseo los datos que ya había obtenido en los anaqueles de las bibliotecas o en las aulas de alguna universidad, sino que se aplicaba en su estudio con el afán y la alegría del cosmopolita que, en vez de darlo todo por sabido, camina dispuesto a sorprenderse ante el conocimiento de un nuevo rincón del mundo. Que era, en este caso, aquel en el que había vivido desde siempre.

Él no lo ha dicho y yo no se lo he preguntado, pero es muy posible que la *Guía secreta de Asturias* fuese, de algún modo, el germen de una obra mucho más imperecedera que vería la luz poco tiempo después y que hoy, a falta de una reedición que la rescate y actualice, es una codiciada pieza en las librerías de lance. Me estoy refiriendo a ***Los heterodoxos asturianos*** (Ayalga, 1977), en la que Cueto viaja del priscilianismo al anticlericalismo tras curarse en salud aclarando al lector que no se encuentra ante un libro de historia y que historiar consiste en «organizar y ordenar lo disperso según una concreta lógica; acaso la más vieja del mundo: la del contar». No dice, porque no es Cueto amigo de perder tiempo en obviedades, que la historia se compone, precisamente, de historias, y que el hecho de exponerlas según un determinado esquema ya implica la adopción de un orden prefijado que, invariablemente, terminará orientando la lectura. En cualquier caso, no conozco a nadie que no tenga a *Los heterodoxos asturianos* como lo que es: una pequeña joya dentro de la nutrida (y no siempre muy afortunada) bibliografía ensayística que ha tomado a este territorio como objeto de estudio. La finalidad era, como ocurría con su hermana mayor (por antigüedad cronológica, que no por relevancia), desmitificar de una vez por todas un pasado que se nos había vendido como glorioso y cuyo esplendor se debía, en realidad, al puro azar y a las necesidades retóricas, dos circunstancias que habían engendrado una ortodoxia que, si bien podía henchir de orgullo a algunos, terminaba por conseguir que no pocos hubiesen acabado aborreciendo unas circunstancias por otro lado apasionantes. Su relectura del periodo de la monarquía asturiana, sus semblanzas de ciertos ilustrados o sus repasos por las perlas que fuentes de diverso pelaje nos habían dedicado a nosotros, los asturianos, a lo largo de los siglos propiciaron que Cueto se convirtiera de inmediato en la bestia negra de cierto reaccionarismo asturianista y, por oposición, en el nuevo ídolo de una generación que buscaba, o necesitaba, huir del lodazal teórico en el que la había encerrado un aparato argumental fundado en la grandilocuencia y el exceso. Todo ello queda claro en los trece puntos que conforman el pórtico de apertura, pero también en el breve poema titulado «Preguntas de un minero asturiano que lee» —que el autor presenta, muy metaliterariamente, como un manuscrito hallado en el interior del pozo María Luisa— y donde hace hincapié en la importancia fundamental de esas pequeñas historias en el proceso configurador de una historia.

A la hora de evaluar la trayectoria de Juan Cueto, raras veces se tiene en cuenta la escueta, aunque fundamental, bibliografía asturiana que conforman estos dos títulos, aunque no es arriesgado pensar que en los postulados que, a su manera, defienden (y que, muy resumidos, vendrían a confirmar que Asturias nunca fue algo aislado ni excepcional, sino una parte más del mundo a la que los avatares históricos colocaron en determinados momentos en un primer plano —exactamente igual que ha ocurrido y ocurrirá con otros lugares— y alertaban de los riesgos de incurrir en el ombliguismo) se encuentra el origen del gran proyecto que lo mantendría ocupado durante la primera mitad de la siguiente década y que no fue otro que la puesta en marcha y consolidación de aquel gran éxito que se llamó ***Los Cuadernos del Norte*** y que puso a Asturias en el mapa echando mano de la imaginación, el talento y la valentía. Tres factores que también se dejan ver en los prólogos que ha venido escribiendo para obras de diverso pelaje que, de una u otra forma, tuvieron a Asturias como eje (la ***Guía espiritual de Asturias,*** de Valentín de Andrés; aquella guía de turismo de «alta montaña cósmica» que fue ***El tesoro de los lagos de Somiedo,*** de Mario Roso de Luna; la ***Geografía sagrada de Asturias,*** de Juan Luis Rodríguez Vigil y Ramón Rodríguez Álvarez) y en los que fue colocando diversos anclajes en su teoría general de Asturias. Esa que, sin haberse formulado nunca explícita y totalmente, lo ha situado como uno de los principales, si no el más importante, teóricos modernos de estos pagos. ■

Los Cuadernos del Norte: Alicia en el país de las marañuelas

JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ ☞ Los ochenta eran nuestros. Las canciones de Radio Futura narraban cómo ardía la calle al sol de poniente y que había tribus ocultas cerca del río esperando que cayera la noche. Santiago Auserón, tan metálico, cortejaba a la estatua del Jardín Botánico esperando un eclipse y persiguiendo un enigma (que trató de descifrar acudiendo a las clases de Deleuze en Vincennes, París VIII, cuando París sí era una fiesta). Germán Coppini atacaba con Golpes Bajos mientras observaba la simulada realidad del escaparate en la fiesta de los maniquíes para volver luego a casa a cuidar su colección de moscas. En Vigo, los de Siniestro Total pretendían matar jipis en las Cíes y exhibían poco sesudas explicaciones sobre las tetas de alguna novia al tiempo que amenazaban con bailar sobre nuestra tumba (más tarde, ultimada la década, también le dedicaban la canción *Max, estás hecho una pena* al protagonista de la distópica y australiana ***Mad Max*** en su álbum ***En beneficio de todos:*** «El idiota de Mel Gibson / te ha prestado su cara, / da las gracias que no ha sido / Micky Rourke o Alfredo Landa»). Almodóvar enfocaba la cámara hacia la corva oculta de una quinceañera Olvido Gara mientras esta Ur-Alaska punki se orinaba sobre Lucy animada por Pepi.

La Movida, que había nacido como hecho multiforme y ajeno a lo sublime, iba a ser muy pronto carne de moviola, de tan repetitiva. Aunque eran malos tiempos para la lírica, empezaba la década con un Premio Adonais que era de una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall. Cuando la niña creció y se le puso música, fue para siempre la chica de ayer. En la tele, otra chica lagarto se comía una rata antes de conquistar la tierra y el capitán Furillo entonaba el blues de Hill Street en esos días azules. También era azul el verano, con su «no nos moverán» ecologista y antiespeculación del suelo, su «que ni el viento la toque», tan simbólico, su pandilla vacacional (entre ***Los cinco*** y ***Los siete secretos***), sus moralejas, su muerte de Chanquete, filósofo de la chavalería, su Dúo Dinámico (que no eran Javi y Pancho) entonando *El final del verano*. Eurovisión comenzaba la década con Trigo Limpio, seguía preguntándose quién manejaba la barca de Remedios Amaya y terminaba con la Década (Prodigiosa). El mayo francés del 68 se trocaba en el curso 86, con las calles tomadas por estudiantes insatisfechos y por un Cojo Manteca que destrozaba con su muleta por naturales el letrero de la estación de metro de Banco de España y un reloj termómetro, demostrando al mismo tiempo que la educación iba de Maravall en peor. Hubo un golpe de Estado, una victoria socialista, un otandeentradanó, una cultura de kiosco —otra de club— que había entrado en barrena (el pulp político-sindical, el destape proletario), una cultura oficial que a veces se confundía con la contracultura. Los filósofos españoles (se) debatían entre la modernidad no consolidada y la posmodernidad nonata a la espera de un Bauman que, antes de inventar la sociedad líquida, trataba de establecer una muy oportuna y actualísima distinción entre legisladores e intérpretes.

Como intérprete de la cultura contemporánea, y no con espíritu normativo, se presentaba en 1980, patrocinada por la entonces Caja de Ahorros de Asturias, ***Los Cuadernos del Norte,*** una revista cultural con la que esta entidad bancaria celebraba el centenario de su creación. La Caja, en vez de conmemorar la efeméride con unos decorativos libros ilustrados (libros e ilustrados se han llevado bien desde siempre, y más en Asturias), puso en manos de Juan Cueto un arma de intervención social y de debate cultural que duró diez años y sesenta números (más cuatro volúmenes especiales). Juan Cueto se postulaba —por la vía indirecta de sus colaboradores y sus contactos— como el maestro cartógrafo de una nueva realidad cultural pertrechado con instrumentos precisos (cuadrante, brújula, sextante, nonio o escala de Vernier) de medición y cómputo, de diseño y detalle: cosmopolitismo, mirada crítica y análisis del presente (como Martin Amis —tan protagonista en *Los cuadernos* desde sus inicios—, parecía pensar que «deplorar la actualidad, el presente, es el colmo de la inanidad»), todo ello en unos mares que llevaban muchas veces a lugares remotos y desconocidos llenos de peligros como los que salían en aquellos mapas antiguos donde se consignaba el temeroso y profético «hic abundant leones» (aunque eran tiempos más para escribir «hic abundant neones»).

La Caja, en vez de conmemorar la efeméride con unos decorativos libros ilustrados (libros e ilustrados se han llevado bien desde siempre, y más en Asturias), puso en manos de Juan Cueto un arma de intervención social y de debate cultural que duró diez años y sesenta números (más cuatro volúmenes especiales)

La revista, que era académica (¿cómo explicar, si no, títulos como «El "complexo" Virilio: el futurismo rehabilitado en teoría en la era post-moderna del espacio-tiempo de la representación»?) pero no academicista, se protegía del academicismo exacerbado mediante un proyecto que sumaba eclecticismo integrador, indiferenciación entre baja y alta cultura, elogio de la diversidad, análisis profundo de los fenómenos contemporáneos y una innegable capacidad para generar la sorpresa. Una publicación de *cultural studies* antes de que se supiera muy bien lo que aquello pudiera ser, una publicación que planteaba para el ensayo y la alta divulgación el mismo objetivo que, para el ámbito de la ficción, hiciera circular un par de décadas después David Foster Wallace: «darles calma a los perturbados y perturbar a los que están calmos». Y es que eran los agitados y mezclados ochenta, años destinados para salir a la plaza del mundo —por ponernos cervantinos—, para propugnar el pluralismo crítico, para proponer transformaciones cívicas y éticas, para ventilar los cuartos de la casa de la multicultura ahora que se sabía que tenía infinitas ventanas, para crear nuevos lectores, aquellos que, lejos de la pasividad, se habrían apuntado sin dudarlo al Movimiento para la Liberación del Lector que, en 1982 (New Literary History, 13.3), ponía en marcha el horrible Terry Eagleton («that dreadful Terry Eagleton», lo llamó Carlos de Inglaterra para prevenir de sus malas influencias a los universitarios de su país), unos lectores para los que *Los Cuadernos del Norte* iba a convertirse en unas nuevas y especializadas Selecciones del Reader's Digest, *delicatessen* cultural pero con más compango, como no podía ser de otra manera. Sincretismo se llama esa figura: la versión asturiana de la cultura «glocal».

La cultura, lo dice el propio Cueto, no es una cosa simple, y por eso a lo largo de sus sesenta números *Los Cuadernos del Norte* combinaron con desprejuiciada heterodoxia ese cóctel agitado y mezclado de asuntos y disciplinas de actualidad de canon pop (suena raro este sintagma ahora que Harold Bloom se ha hecho con el monopolio de lo canónico y el pop ha mutado en afterpop) y sacralizados asuntos y disciplinas de canon institucional, en un constante juego de desjerarquización en el que convivían la música de Cristóbal Halffter o Mahler con el bolero (estudiado por Iris M. Zavala) y el tango (estudiado por Lily Litvak). Hay, creo, una mirada «italiana» en *Los Cuadernos*. Una mirada al pensamiento semiótico (con un Umberto Eco más integrado entonces, frente a su apocalíptica visión de, por ejemplo, Internet en estos últimos tiempos: «Internet es idiota, como Funes el memorioso»), a la concepción de la cultura como signo social y signo en el tiempo (como si la hubiera establecido un Charles Sander Peirce algo machadiano). Eran, claro, los años de la teoría, también de la teoría crítica, de la teoría del discurso, de la filosofía analítica frente a la filosofía continental, de la French Theory, también del pluralismo crítico. De este pluralismo, de esta ampliación del campo de batalla intelectual, surgen los monográficos o completos dosieres: *La arquitectura del cine* (1988), *Nueva York* (1987), *¿Fin de la cultura gay?* (1987), *Para acabar con la postmodernidad* (1987), *Novela negra* (1987), *Futurismo y neofuturismo* (1986), *Lawrence de Arabia* (1985), *Post-estructuralismo y De-construcción* (1984, con Jean Baudrillard proponiéndonos en español qué hacer después de la orgía), *Espías* (1984), *La Regenta* (1984), *Novela criminal* (1983), *Miró* (1983), *María Zambrano* (1981), *Clarín* (1981), *El estado de las poesías* (1986), *Hitos y mitos de La Regenta* (1987), *Pérez de Ayala* (1980), *Umberto Eco* (1982), *James Joyce* (1989), *Máquina y cultura* (1989), *La era de lo falso* (1988).

© ESTRELLA SÁNCHEZ

Pasaron por los *Cuadernos* un inquieto Andrés Amorós, catedrático de literatura y experto en tauromaquia, que lo mismo hablaba del epistolario de Pérez de Ayala que escribía sobre «El rock boomerang». Roland Barthes entonando un inesperado canto romántico. José Miguel Ullán en

Seguramente es posible hablar o escribir de películas como se habló y escribió durante una larga época de *Los gatos* de Baudelaire, desde que los señores Jakobson y Lévi-Strauss levantaron la liebre estructural (o dieron gato por liebre, que no estoy yo muy seguro todavía de la operación culinaria). Incluso tal ejercicio puede tener un enorme mérito académico, capaz de suscitar el temible sobresaliente *cum laude* a poco que se insista. Pero ni en rigor eso es ciencia —en todo caso, será una ciencia tan blanda como el psicoanálisis, la sociología, la historiografía o cosas así— ni es tan larga la vida como para derrocharla en vanas disputas metodológicas a costa de la más bastarda y seductora de las expresividades tramadas por el hombre. ➔ *Exterior noche* [1983]

diálogo intelectual con Barthes. Álvaro Cunqueiro con Quevedo en Venecia. Preciosos títulos como el del malogrado José Doval: «Los cuatro hermanos Marx eran tres, Carlos y Groucho». Trabajos sobre la venganza del fútbol y sobre aquella época en la que la izquierda no era triste. Convivieron las visiones de Hollywood en Vietnam con las de la aldea asturiana. Se habló mucho de cine (Cabrera Infante corneado por Monty Python desmenuzando ***La vida de Brian*** o analizando ***Bajo el volcán;*** Fernando Trueba escribiendo sobre ***La guerra de las galaxias;*** William S. Burroughs sobre ***Blade Runner;*** José Luis Garci; también Indiana Jones), pero no mucho —y es curioso, y paradójico y poco premonitorio— de televisión: hoy las series ocuparían ese espacio (quienes pensaban que después de ***El padrino*** y ***Goodfellas*** vendría el desierto se dieron de bruces con ***Los Soprano***). Hubo firmas que hablaban de pasados, de presentes y de futuros truncados, como las de los dos Haro, padre e hijo. Y periodistas siempre en busca de lo que es radio y lo que no lo es, dando bandazos de izquierda a derecha, entre la política y el existencialismo (Jiménez Losantos escribe en 1980 «Una política modesta: Albert Camus»). Estaban los modernos, como Martínez Sarrión, el más moderno de los novísimos. Y los filósofos leyendo a los narradores: Moisés Mori a Italo Calvino. Y nombres que, cuando despertamos, todavía están aquí, como entonces: Manuel Vicent, Fernando Savater, Vicente Verdú, Luis Antonio de Villena (muy presente, como sujeto y como objeto). Críticos clásicos como Martínez Cachero o Mariano Baquero Goyanes (el más profundo narratólogo español cuando aún no existía la narratología). Poetas metropolitanos como Carlos Barral. Poetas reflexivos que fueron perdiendo apellidos a lo largo de los años de la revista, como Miguel Casado Mozo. María Zambrano antes de la ocultación. Los dos Cela compartiendo índice y línea sucesoria. Borges y su relación con Asturias. Lacan y Lévi-Strauss. Juan José Millás en un jardín vacío. Poetas del día como Czelam Milosz. Poetas del futuro: Vicente Gallego escribe de Luis Antonio de Villena, Felipe Benítez Reyes habla de Luis Antonio de Villena, Manuel Vilas lee a Gamoneda (y esto daría casi para una tesina, si todavía las hubiera). Sesudos análisis filosóficos como el de Maite Larrauri «La búsqueda de la verdad» o el de Victoria Camps sobre la filosofía del futuro —también están Adorno y Baudrillard, claro—, junto a asuntos aparentemente triviales como «Salchichas contra hamburguesas». Y Amalia Valcárcel y Gianni Vattimo. Jorge Lozano desentrañaba la mirada semiótica de Eco y López de Abiada se preguntaba —ya— cómo sería la literatura española ante el avance tecnológico. Escritores haciendo una temprana elegía-homenaje a un presente con poco futuro en «La máquina de escribir como símbolo». En su constante viaje al conocimiento, Ulysses Santamaría pasa de estudiar la obra policiaca de Agatha Christie a escuchar los cantos de sirena de Habermas y la escuela de Fráncfort. Umbral habla de Madrid, Montalbán de ópera, Benet de la necesidad de la traición, Esther Tusquets de una historia de amor. Carlos Cañeque, que ganará años después el Premio Nadal, se muestra como rastreador de teóricos literarios norteamericanos: Harold Bloom (quien firma a su vez un manifiesto a favor de la crítica antitética) y Greoffrey Hartman. Laín Entralgo se pregunta si ha muerto Dios, Bobes Naves por los espacios novelescos en ***La Regenta*** (Ana Ozores se pasea muy a menudo por *Los Cuadernos* y se queda a tomar café). Se lee muchas veces la palabra *crisis,* eso no es nuevo. Y hay también utopías, distopías y cardiopatías: Philip K. Dick, J. G. Ballard, también Ángel Antonio Herrera hablando sobre Umbral, antes de pasarse al periodismo del corazón-corazón (otro de sus trabajos se tituló, qué ironía, «El don de la credulidad»). Entrevistadores como Larry McCaffery que en cinco años pasó de entrevistar a Raymond Carver a entrevistar a David Foster Wallace (y esto no es sólo una evolución generacional). También tuvieron cabida, claro, los raros, los curiosos, los agotados de la «res púdica». Y anónimos, seudónimos y heterónimos. Ensayistas entonces desconocidos, reseñadores de temporada, colaboradores que no tenían un «nombre», que siguen sin tenerlo, pero que tuvieron, como todos, sus quince páginas de gloria.

Demasiado joven para ser lector de *Los Cuadernos* iniciales (eran épocas más para perder el norte que para buscarlo), me fui haciendo con la colección completa en saldos de librería y en puestos de mercadillo. La colección completa es hoy objeto de culto. El objeto ocupa espacio. El sujeto llena espacios. El último número de *Los Cuadernos del Norte* lleva por título *Ideas para salir del milenio* (1990). Lo que demostró con creces esta revista es que en la cultura hacen falta milenios para salir de ciertas ideas. En el último número de *Los Cuadernos del Norte* aparece un ensayo de Jon Wilde titulado «Odio los ochenta». Yo tampoco. ■

La cultura, lo dice el propio Cueto, no es una cosa simple, y por eso a lo largo de sus sesenta números *Los Cuadernos del Norte* combinaron con desprejuiciada heterodoxia ese cóctel agitado y mezclado de asuntos y disciplinas de actualidad de canon pop (...) y sacralizados asuntos y disciplinas de canon institucional, en un constante juego de desjerarquización

La parabólica del pensamiento

Epítome y espejo de los variados intereses artísticos y estéticos que conformaban la realidad cultural española de los ochenta, *Los Cuadernos del Norte* actuaron como una antena parabólica que captaba antes que nadie las señales de los debates más importantes que se estaban produciendo en la reflexión contemporánea, y los retransmitían vía letra impresa en forma de estudios sobre arte, cine, diseño, arquitectura, urbanismo, música, pensamiento, inéditos, literatura (comparada, teoría), viaje, actualidad y Asturias. Cada una de estas disciplinas tenía bimensualmente su puntual espacio, demostrando que se podía estar atento y al tanto, que se podía asumir desde la periferia que estar en las afueras también es estar dentro a la hora de fundamentar una crítica de la razón (literaria, artística, catódica). El mismo Juan Cueto lo concretaba en una entrevista concedida a Miguel Barrero en ***La Voz de Asturias*** el 23 de octubre del 2011: «La cultura no puede reducirse a una cosa simple, tiene que poner en solfa la complejidad del mundo».

Juan Cueto, el buen visionario

«Muy pronto la televisión, para ejercer su influencia soberana, recorrerá en todos los sentidos toda la maquinaria y todo el bullicio de las relaciones humanas» (Martin Heidegger)

ENRIQUE BUERES ☞ Juan Cueto inventó la televisión. Tal cosa ocurrió oficialmente el 4 de septiembre de 1990. ¿Qué había antes? Como diría Heidegger, la nada, el vacío absoluto, la ausencia de todo. Vale, vale, quizá estemos exagerando algo, pero sólo un poco, lo justo. Hay opiniones dispares sobre quién inventó la televisión moderna en España. Para unos, José María Íñigo; para otros, Paloma Chamorro. En lo que todo el mundo está de acuerdo es en que Cueto fue el artífice de la entrada de la televisión española en la posmodernidad o, por decirlo más claramente, quien hizo que el discurso televisivo se sincronizase con el espectáculo de la Posmodernidad, así con mayúscula.

¿Cómo lo hizo? ¿Con qué ayuda? ¿Por qué? ¿Con qué antecedentes?

¿Qué había entonces en España? La primera cadena, la segunda, la primera, la segunda, la primera..., ¡ah! sí, y las Mama Chicho. A principios de los años noventa, iniciaron sus emisiones las primeras televisiones privadas gratuitas en España. En enero de 1990, Antena 3 saltó al planeta, y en marzo Tele 5 se tiró a la piscina. Y entonces llegó Juan Cueto, y así, de la nada heideggeriana, ni siquiera de la chistera, se sacó una tele de la manga: Canal Plus, la primera televisión de pago, una cadena que llegó a las pantallas con carácter oficial el martes 4 de septiembre de ese mismo año. El autor de ***Cuando Madrid hizo pop*** llevaba gestando el proyecto desde un año antes, inspirándose en el modelo de la televisión de pago de Francia, a su vez heredera del espíritu de las cadenas de cable americanas como HBO. Sin embargo, lo que ocurrió en la línea de salida de Canal Plus fue que Cueto tuvo que enfrentarse al hecho diferencial español, porque, como es bien sabido desde los tiempos de la batallita de Covadonga, *Spain is different*. En otros países, las teles de pago surgieron después de las televisiones privadas, cuando ya había una cierta saturación, cuando el mercado de las privadas generalistas ya estaba maduro tirando a podrido. Las cosas normales sucedían así o al revés, como en el caso de los franceses, que son muy suyos: Canal Plus Francia nació antes de que se le viese el plumero a las privadas. Pero en España no. Aquí ni después ni antes. Aquí todos a la vez: Antena 3, Tele 5, Canal Plus. A la rebatiña. A la tomatina. En ningún país del mundo se le ocurre a nadie el disparate de salir con una televisión de pago a la vez que las televisiones privadas. Obviamente, Cueto estaba loco, majareta, *chiflau,* como un *cencerru.* Al menos eso es lo que decía todo el mundo. Cómo iba a pagar la gente por ver la televisión justo cuando aumentaba la oferta de las que eran gratuitas. Definitivamente, «esti chaval chifló». Pero, claro, «los mediocres y mentirosos profesionales del simulacro y de las vanguardias», que diría Boyero, estaban equivocados.

Para Cueto, la nueva televisión encarnada en Canal Plus no era sólo una televisión que venía para desacralizar la televisión estatal, sino que era lo que ahora se llamaría «una experiencia de usuario». La excelencia, lo nuevo, lo cuidado, lo arriesgado, lo minoritario y lo mayoritario, no una cadena para ver la tele, sino una tele para ver programas, películas, fútbol: contenidos exclusivos. ¿Pero dónde estaba Cueto antes de fundar Canal Plus? Leyendo, enseñando, escribiendo, agitando y, por supuesto, también viendo la televisión. Mucha. Antes de inventar la televisión posmoderna, Cueto inventó la crítica de televisión en aquella sección inolvidable titulada *La cueva del dinosaurio,* azote de los Lazarov que en el mundo ha habido. Carlos Boyero, que algo sabe de la praxis de la crítica cinematográfica y televisiva, dice que Cueto es «un escritor brillante que legitima con su lucidez y su originalidad el territorio de la modernidad, tan frecuentado por los casi siempre mediocres y mentirosos profesionales del simulacro y de las vanguardias». Para nosotros, Cueto es sin duda el más brillante crítico de televisión que ha habido en España. Ramón de España, que bien pudiera considerarse su mejor discípulo y mejor digno sucesor, fue defenestrado del periódico más importante del país por la falta de humildad o exceso de ego de cierto actor catalán que se parecía muchísimo al actor Juanjo Puigcorbé. Pero ésa es otra historia. No quiero despistarme.

El mago de ***Los Cuadernos del Norte*** aplicó en el diseño de Canal Plus una fórmula que admitiría por igual jugosos análisis científicos y filosóficos: I+D (información + diversión), una fórmula mejorada por Cueto al añadirle el compuesto binario V+M (vanguardia + masa). El resultado de la ecuación fue que en menos de cuatro años casi un millón de personas ya estaba pagando por acceder a una televisión desmasificada y complementaria. Como no somos un laboratorio de análisis clínicos, ni tampoco frecuentamos ningún gabinete filosófico, no vamos a analizar aquí la fórmula magistral de Cueto, aunque sí conviene aclarar someramente lo que él entendía por V+M. A la latitud de 1991 y la longitud de sus 48 años, Cueto explicaba en una entrevista en *El País:* «Lo de la vanguardia + masa quiere decir que la mayoría de las cosas que más me gustan están en el número 1 del Box Office, como *El silencio de los corderos.* Eso es vanguardia, pero a la vez es masa. Esta idea de que la vanguardia tiene que ser minoritaria y que la masa tiene que ser idiota hace mucho que se ha ido al carajo». La apuesta que Cueto hizo por Canal Plus fue también una apuesta por España o, mejor dicho, por la madurez de los españoles, que en su opinión siempre van por delante de los intelectuales, de la producción, de las teorías, de los listos. (El 15M quizá sea también una muestra germinal de esa vanguardia social. Ya veremos.)

Que Alberti me perdone, pero yo nací con la tele. Y eso sí que necesita mucho perdón e indulgencia en tierras tan dominadas por la tardoprogresía y el sermoneo *mid-cult*. Sobre todo, si no abjuras del invento y te dedicas a consumir sus maléficos rayos catódicos con la misma desfachatez que bebes Coca-Cola. ➔ *Pasiones catódicas* [1990]

En su laboratorio de los albores de Canal Plus, en la calle Conde de Xiquena, Juan, el alquimista, supo rodearse de un pequeño grupo de jóvenes veinteañeros *bostonianos* —la mayoría se había formado en Boston— que le ayudarían a plantar los cimientos de su proyecto visionario: Miguel Salvat (actual director de Canal Plus, que siendo niño metió un escorpión vivo en el bolso de una profesora, y que ha buceado con tiburones), Fernando Bovaira (que años después ganaría el Oscar por ***Mar adentro***), Pablo Romero (director de Canal Plus Yomvi, el vídeo bajo demanda de Prisa, la forma de consumir productos audiovisuales en el futuro que ya es presente), José María Besteiro (que se ha convertido en el productor audiovisual más importante de Galicia gracias a ***Mareas vivas,*** aunque quizá esté más orgulloso de haber superado un ictus cerebral hace un año) y Jacques Roldán (ahora presidente de la distribuidora Tripictures, la de ***El árbol de la vida,*** aunque probablemente se acuerde menos de Terrence Malick que del pintor Eduardo Úrculo, al que veía en casa de su padre, Santiago Roldán, en los primeros años de la Transición). A ellos se sumarían pronto los también casi adolescentes Enrique López-Lavigne (productor que rechazó colaborar con Spielberg para afrontar proyectos propios como ***28 semanas después, Intruders*** o ***Verbo***), Tomás Cimadevilla (el asturiano que subió una colina y escaló la montaña de ***El otro lado de la cama, Pagafantas, No controles...***), Javier Bonilla (que llegaría a conocer los secretos de la cultura como jefe de gabinete de la artífice de la ley Sinde)... En todos estos jóvenes, hoy cercanos a la cincuentena, y otros muchos que se irían incorporando a Canal Plus en los primeros años de su existencia, Cueto encontró interlocutores válidos a los que inocularles el virus del riesgo, la mirada oblicua de la realidad audiovisual, el genoma humano de Canal Plus.

(Voy a hacer una pequeña acotación pertinente que contextualice el momento actual y aporte una pincelada de realismo socioliterario contemporáneo. Mientras escribo estas líneas en modo multitarea —con el correo intermitentemente llamando a la ventana, con el aparato de televisión dando noticias del interminable apocalipsis económico y con Internet asomado en otra ventana—, sigo en directo la entrevista que el amigo Vicente Molina Foix le está practicando a Paul Auster en la Fnac de la Castellana. Pues bien, Juan Cueto fue el introductor del autor de ***Diario de invierno*** en España, concretamente vía Gijón en la editorial Júcar, del inolvidable Silverio Cañada, en 1988. Por cierto, su primer traductor fue Ramón de España. [...] Un momento, que tengo que contestar una llamada. [...] Era mi amigo Jaime García-Rico, que en su interior lleva una novela de vida y muerte [pero ésa es otra historia], para advertirme que no se me ocurra acercarme a la Fnac porque la cola que hay para la posterior firma de libros de Auster ya llega hasta la plaza de Lima y a este paso hasta al propio Machu Picchu. Ni la Virgen de Lourdes tiene tantos fans, pienso. Tal vez las manos del autor de ***La invención de la soledad,*** además de mostrar estigmas de santidad literaria, descubran esta noche que la soledad era esto, firmar libros a miles de lectores y no conocer a ninguno. Bueno, supongo que Cueto y todos nosotros lo compadecemos en momentos como éstos. Herralde, no.)

Si continuásemos con el relato breve de las extensas aventuras catódicas del descendiente de Leopoldo Alas, no podríamos dejar de dedicar unas líneas a su expansión

internacional. Pero antes, hablemos de fútbol. Las retransmisiones de la Liga en Canal Plus transformaron radicalmente el modo de relacionarse el espectador con el fútbol. No solamente porque hubiese que pasar por la taquilla de una televisión de pago, sino porque se inició una manera de entender el espectáculo que creó escuela, y no fue la de Viena, sino la de Leicester. El narrador era Carlos Martínez (igual que ahora), y el comentarista, el filósofo del fútbol, Valdano. Enseguida se incorporó Michael Robinson, a quien Cueto le recomendó que no aprendiese demasiado bien el español, que lo querían tal y como hablaba. Sigue igual. Y ahora, antes de llegar al puro, hablemos de toros. El realizador Víctor Santamaría revolucionó el arte del balompié y también de paso el de los cuernos, con las multicámaras, las minicámaras, las microcámaras, las nanocámaras, etcétera.

Y puesto que estamos metidos en ornamentas cinegéticas, hablemos de sexo. Todo el mundo sabe que la orientalización de los españoles no comenzó con los matrimonios chino-españoles (suponiendo que tal cosa esté ocurriendo), sino con la descodificación retroocular del cine X en la época del Canal Plus analógico. Quienes, para ahorrar, empezaron viendo el cine para adultos «a lo chino» desarrollaron una gran capacidad visual, a lo X-Men, y de paso practicaron una gimnasia ocular que probablemente les haya servido para prevenir algún que otro desprendimiento de retina, o todo lo contrario. Cueto introdujo el porno en la televisión de pago, pero no fue fácil, tuvo que trabajar como un chino para conseguirlo. Hubo que convencer a un beligerante consejo de administración en el que entonces abundaban los banqueros y alguna que otra fuerza viva de recia raigambre católica. Pero se la coló, no se amilanó ante aquellos *vaderretros*. Y hasta hoy, con los españoles alimentándose y normalizándose con los fantasmas eróticos de Canal Plus.

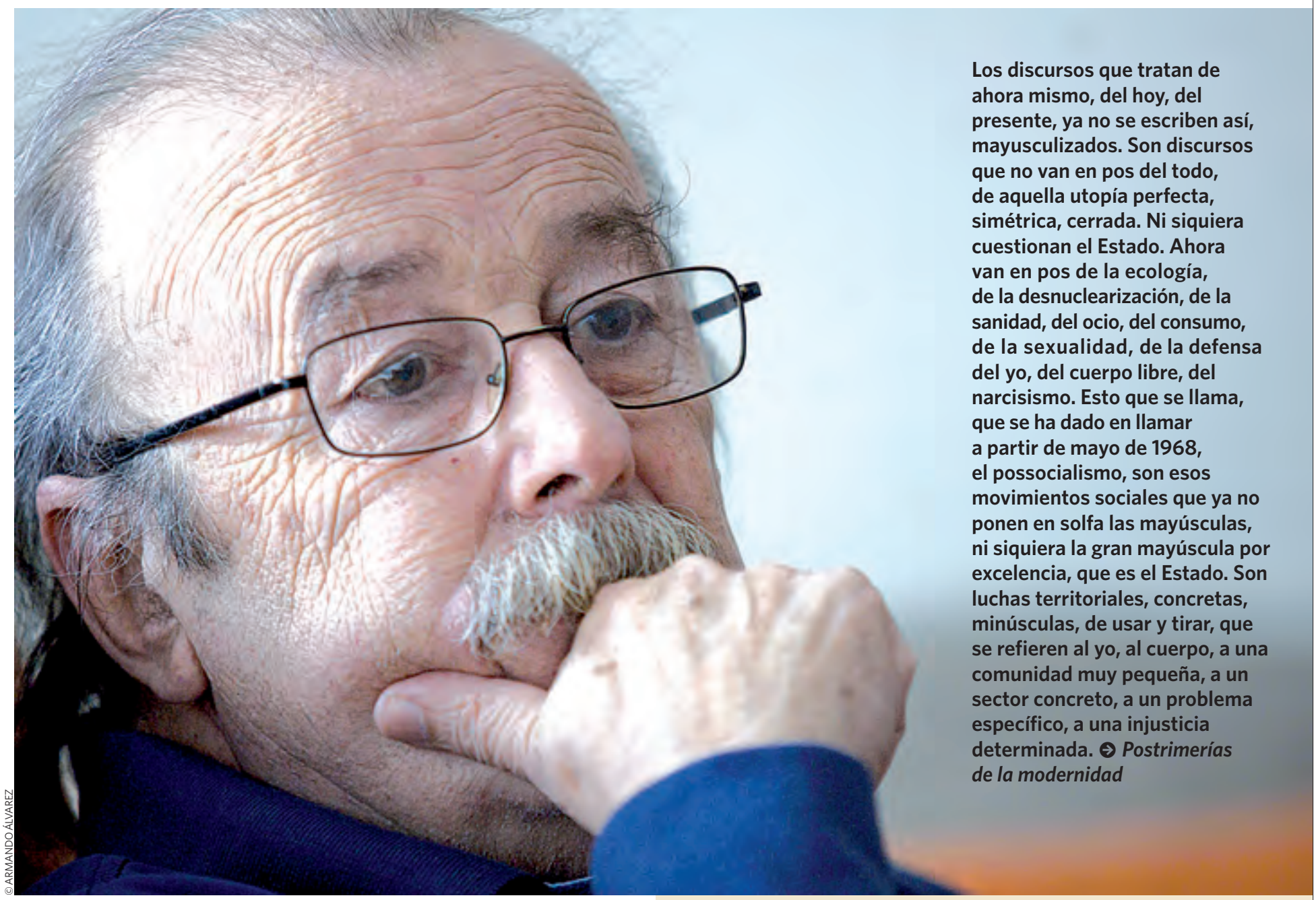
Como las cosas iban mejor que bien, en abril de 1993, con la cadena superando ampliamente las expectativas, convertida en la tercera televisión de pago de Europa y entrando en beneficios antes de lo previsto, Cueto pasó a dirigir todas las actividades televisivas y cinematográficas del Grupo Prisa. Lanzó los primeros canales temáticos que hubo en España: Documanía, Cinemanía, Cineclassics y Minimax. Justo aquel mes me incorporé al equipo de Cueto. Mis primeras entrevistas en su despacho trascurrían entre el humo de sus puros, el café a mansalva y las conversaciones por teléfono con Andy García, con quien hablaba de una película que pensaban hacer con guión de Guillermo Cabrera Infante. Mi primera fiesta de Canal Plus, poco después, fue con Andy García y el gran Israel Cachao. Canal Plus era una fiesta.

Cueto siguió impartiendo filosofía de la televisión en Italia. En 1997 pasó a dirigir Telepiù, en cuyo equipo asesor también estaban el escritor Sandro Veronesi ***(Caos calmo)*** y el diseñador Giorgetto Giugiaro. Milán era una fiesta. Allí tuvo a sus órdenes a mi amigo Sandro Sechi, un filólogo sardo que acabaría trabajando en Nueva York con Oriana Fallaci hasta la muerte de la periodista. (Sandro se casó con un psicólogo de condenados a muerte y tuvieron una hija con una madre de alquiler gracias a un tratamiento de fertilidad patrocinado por Seth MacFarlane, el creador de ***Padre de familia,*** cuñado del marido de Sandro. Pero ésa es otra historia.) Cueto, en 1999, continúa la conquista de Europa al ser nombrado director de programas de la división internacional de Canal Plus Francia. París bien vale una *mise en scène*. París era una fiesta.

Se me acaba el espacio asignado al efecto. Hemos oído mil veces que Juan Cueto es un visionario, un adelantado a su tiempo, un oráculo. Sí, es verdad, pero, sobre todo, Juan es una buena persona, pero no en la línea del «buenismo» de Susanna Tamaro, sino en el sentido filosófico machadiano de la palabra *bueno* y del apellido Bueno. Todos los que en algún momento de sus vidas han trabajado con Juan Cueto lo tienen muy presente y lo recuerdan como un gran inspirador, como un verdadero maestro. Y lo hacen con cariño.

Sólo quedan ocho años para que lleguemos otra vez a los felices años veinte. Mientras tanto, celebremos los felices setenta de Juan Cueto Alas. ■

El mago de *Los Cuadernos del Norte* aplicó en el diseño de Canal Plus una fórmula que admitiría por igual jugosos análisis científicos y filosóficos: I+D (información + diversión), una fórmula mejorada por Cueto al añadirle el compuesto binario V+M (vanguardia + masa). El resultado de la ecuación fue que en menos de cuatro años casi un millón de personas ya estaba pagando por acceder a una televisión desmasificada y complementaria



© ARMANDO ÁLVAREZ

Los discursos que tratan de ahora mismo, del hoy, del presente, ya no se escriben así, mayusculizados. Son discursos que no van en pos del todo, de aquella utopía perfecta, simétrica, cerrada. Ni siquiera cuestionan el Estado. Ahora van en pos de la ecología, de la desnuclearización, de la sanidad, del ocio, del consumo, de la sexualidad, de la defensa del yo, del cuerpo libre, del narcisismo. Esto que se llama, que se ha dado en llamar a partir de mayo de 1968, el possocialismo, son esos movimientos sociales que ya no ponen en solfa las mayúsculas, ni siquiera la gran mayúscula por excelencia, que es el Estado. Son luchas territoriales, concretas, minúsculas, de usar y tirar, que se refieren al yo, al cuerpo, a una comunidad muy pequeña, a un sector concreto, a un problema específico, a una injusticia determinada. ➔ *Postrimerías de la modernidad*

Juan Cueto, reseteado

■ **MANUEL VICENT** ☞ Allá por los años ochenta del siglo pasado, cuando la historia de España trepidaba junto a las barras de los garitos de Malasaña, escribí de Juan Cueto como puedo hacerlo ahora. Este tipo es el intérprete más verídico de la neurosis moderna. En esta vida lo mejor es estar loco y ser íntimo del farmacéutico. Cueto descifraba los mensajes subliminares del consumo y el significado de los mitos sociales del momento con el bisturí frío, con el mismo que machacaba los hielos del whisky. Se abría paso entre el calmante y el estimulante hacia los últimos hilos del cerebro, que ya lindan con el cogote, y de allí sacaba una respuesta rápida, imaginativa, sorprendente para todo. Lo que escribí de Juan Cueto entonces podría rubricarlo ahora de nuevo. Entre toda la camada era el que tenía el revólver más presto para disparar siempre que la bala fuera de plata y valiera la pena matar, nunca herir en balde. Pasaba una cosa rara: decías una frase ocurrente y a partir de ella Cueto comenzaba a navegar, la sobrepasaba por la izquierda, la recreaba, la ordenaba, la rompía, le sacaba el serrín y finalmente la despeñaba en el absurdo. Como vaquero de la modernidad, era, sin duda, el más rápido en desenfundar con un pie en el estribo de Boccaccio, el caballo atado en la puerta relinchando por las ganas de compartir el gintónic de la hora séptima.

Sigue siendo un intelectual fino, en el que perdura todavía cierto salvajismo del norte. Aún hoy es por dentro un joven excitado por las imágenes que llenan nuestro vacío, entre la seducción y el sarcasmo, de vuelta de todos los universos. He aquí la cuestión, dijo Hamlet: no sé si suicidarme o tomarme una cocacola. Éste es para mí Juan Cueto, el de las antiguas carcajadas ante el esperpento español, el que lo vio venir el primero, el que enseñó a una generación a chascar los dedos para burlarse de Kant o llamar al camarero. ■

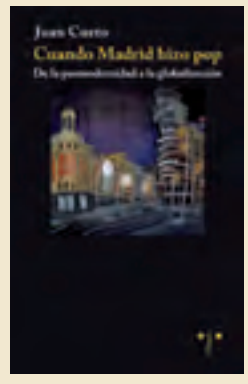
BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

Guía secreta de Asturias
(Al-Borak, 1975)
El objetivo era liberar a Asturias de los tópicos que la atenazaban desde la historiografía dominante. El camino, un libro jugoso, irreverente y desenfadado que, bajo la apariencia de una simple guía turística, encierra una propuesta de teoría general en torno a un territorio desmitificado al que Cueto libera de una buena cantidad de prejuicios adquiridos a lo largo de los siglos.

Los heterodoxos asturianos
(Ayalga, 1977)
Fundamental por tantas cosas, este libro se embarca en una narración de la historia de Asturias engarzada a su vez por las pequeñas historias que la componen y en las que cobran una importancia especial bien personajes marginales, minimizados o directamente ninguneados por las fuentes tradicionales, o bien por una relectura desmitificadora de algunos hitos y ritos incorporados a base de machaconería y tesón al inventario de señas de identidad de la idiosincrasia asturiana.

Exterior noche
(Noega, 1983)
Es mucho más que una recopilación de críticas cinematográficas. Los artículos que se suceden en sus páginas constituyen un análisis lúcido y certero de la importancia creciente del séptimo arte como elemento vertebrador de la sociedad moderna y del forjamiento de un nuevo imaginario colectivo fundamentado en el celuloide.

Pasiones catódicas
(Barnabooth, 1990)
Reeditado unos pocos años después por El País-Aguilar, la obra recopila críticas de televisión publicadas a lo largo de la década de los ochenta, justo antes de poner en marcha Canal + en España, en las que Cueto otorga al medio una relevancia social y cultural que hasta aquel momento le negaban muchos de sus detractores, concediéndole a la caja tonta el papel de elemento creador, configurador y difusor de la nueva cultura.



Cuando Madrid hizo pop
(Trea, 2011)
Lo que en España se conoce como Transición no designa sólo un cambio político, sino que en realidad se caracteriza por una modificación del paradigma económico que ha convertido en lodos unos polvos de los que no todos se percataron siempre. En esta obra, que recopila textos publicados por Cuento desde la década de los ochenta hasta la entrada del nuevo siglo, se recoge la visión socioeconómica que el autor tiene de los tiempos que corren.

SEMANAL DE CULTURA DE LA VOZ DE ASTURIAS

COORDINADOR: Juan Carlos Gea
CONSEJO EDITORIAL: Miguel Barrero, Juan Cueto, Álvaro Díaz Huici, Jordi Doce, Julio César Iglesias, Elena de Lorenzo Álvarez, Jaime Priede
REALIZACIÓN EDITORIAL: Ediciones Trea, S. L.
REDACCIÓN: Ediciones Trea, S. L. Polígono Industrial de Somonte, c/ María González la Pondala, 98, nave D, 33393 Gijón
Tel.: 985 303 801
elcuaderno@trea.es • www.trea.es
DISEÑO GRÁFICO: Pandiella y Ocio
EDITA: La Voz de Asturias, S. A. c/ Lila, 6. 33002 Oviedo
Tel.: 985 101 500 • www.lavozdeasturias.es